

muchos siglos, está á punto de hacerse dueña de un país cuya independencia debe ser tan preciosa como la misma independencia de Inglaterra.—Como medida de conveniencia, como medida política, vuestra guerra contra la España, ó por mejor decir, contra la revolución española, ó en otras palabras, contra la libertad española, es una medida de sabiduría y verdaderamente profunda política. Vais á tomar posesión del país, vais á hacerlo vuestro, si no de nombre, á lo menos de hecho. Nada es más verdadero que vuestra observación de que si no cambiáis el gobierno de España, si no lo enlazáis á la Francia, como en otro tiempo, habreis perdido vuestra antigua fuerza.

»Vuestras razones para subyugar la Francia son más fuertes de lo que serian las nuestras para subyugar la Irlanda, si la Irlanda no formase ya una parte de este reino. Hay un brazo de mar entre la Inglaterra y la Irlanda; pero nada separa la Francia de la España. Si la Escocia fuese un reino separado, ¡cuán necesario seria que la Inglaterra la incorporase á su territorio! Nosotros recordamos las muchas veces que la Inglaterra ha sido invadida por los escoceses; pues bien: un ministro francés que mire un mapa de España, y vea la facilidad infinita con que puede desembarcar en este reino un ejército extranjero, que con los españoles coopere contra la Francia; un ministro francés, repito, seria indigno de su puesto, si viendo este peligro, no aprovechase la menor ocasion de atraérselo. Vos, caballero, veis este peligro, lo señalais con franqueza, y os manifestais resuelto á ponerle fin, si podeis. Nuestro negocio es impedir que realicéis vuestro propósito; este es el imperioso deber de nuestros ministros, pero si desprecian este deber, ó no son capaces de llenarlo, esto en manera alguna da á sus partidarios el derecho de deciros injurias. Yo, como inglés, os doy gracias por haber confesado francamente vuestro objeto. Vos decís de una manera explícita que la Francia ha sido invadida por la frontera de España. El mundo entero sabe que un ejército inglés ha marchado desde España á París, despues de haber atravesado un país que nunca habia visto anteriormente un ejército enemigo. Pues bien, caballero, el mero recuerdo de este hecho es bastante para estimular á toda la Francia á la guerra, y es más que bastante para estimular á toda la Inglaterra para salirle al encuentro en esta guerra. ¿Cómo nosotros, bajo cuyas alas han sido organizadas las primeras cortes; nosotros que hemos gastado 150.000.000 de libras esterlinas para expulsar á los franceses de España; nosotros que hemos implícitamente prometido nuestra protección al pueblo español, dejaremos enmohecerse nuestras armas, y limitaremos nuestros esfuerzos á estrepitosos é importantes discursos, y algunos artículos de periódico? No es de vuestra incumbencia el responder á esta pregunta; esta cuestion debe debatirse entre el gobierno y el pueblo inglés. Y no obstante, es una pregunta que exige una pronta contestación. Si la respuesta es afirmativa, podremos en tal caso decir á este pueblo inglés, en otro tiempo tan activo y valiente. «Hé aquí las consecuencias de tu intervencion en los negocios de las naciones extranjeras, de haber intentado obligar á las demás naciones á someterse á gobiernos elegidos por tí, y de haber contraído una deuda de centenares de millones para llevar á cabo este objeto.

»Diré, para concluir, caballero, que os ruego esteis seguros de que no hago otra cosa que expresar la opinion de todos los hombres honrados y sensatos de este país, cuando digo que desprecio altamente á todos aquellos que, ya en las cámaras, ya en las calles, ya en sus discursos, ya en artículos de periódico, han recurrido á injurias contra vos y contra el gobierno francés. Nada parecido á esto se encuentra en los discursos de sus oradores ni en los artículos de vuestra prensa política.

Soy, caballero, vuestro muy humilde y muy obediente servidor,
COBBET.»

Tal es la carta del publicista popular; un nervio que renace de sí mismo, una razon nunca alterada por la pasion política, una ironía tanto más punzante cuanto que está mitigada por la urbanidad, todas estas cualidades brillan en esta pequeña obra maestra de Cobbet, superior á las cartas de junio, aunque de un estilo menos puro.

Si me creyese obligado á hacer la apología de la empresa de España, me bastaría presentar esta carta del radical cuyo carácter, talentos y principios han perseguido los Estados-Unidos y la Inglaterra. Cobbet, violento revolucionario, no se inclinaba hácia mí por sentimiento alguno, pues detestaba á los nobles y á los realistas, á cuyo partido se me juzgaba afiliado; habia comprometido á Luis XVIII á que los alejara de su consejo como ineptos y opresores; y no obstante, este hombre fue el único que en aquella época se encargó de defenderme, me hizo justicia y juzgó sensatamente, así de la guerra de España, como de mi idea de devolver á mi patria la fuerza de que se la habia despojado. Afortunadamente no comprendió toda la estension de mi plan; no adivinó mi proyecto de romper ó hacer modificar los tratados de Viena, y de establecer monarquías borbónicas en América; si hubiese levantado todo el velo, hubiera puesto la Francia en peligro, porque los gobiernos europeos estaban ya alarmados.

XLIX.

Trabajos diplomáticos.

He concluido ya de recordar estos debales, por constituir una parte integrante, y sin embargo, separada de la guerra de España; despues de esta historia hablada, voy á continuar, ó por mejor decir, á empujar la historia escrita de esta guerra. Para esto, no tengo que hacer sino publicar mi correspondencia privada con Londres, San Petersburgo, Viena, Berlín y Madrid. La animacion, la actualidad, la espontaneidad, cualidades vivas de las correspondencias directas, desaparecerian en el estilo indirecto del narrador. Si como la mayor parte de los secretarios de Estado, hubiese encargado la redaccion de los despachos á mis gefes de seccion, contentándome con anotar el margen, estos despachos no tendrían más valor que el de unos documentos de fábrica hechos en la máquina de las oficinas; preferible seria sin duda en tal caso comprar estas banalidades, para extractar de ellas una historia. Pero pocos diplomáticos se han hallado en mi posición, pues la casualidad habia colocado una vez en un elevado puesto á un hombre acostumbrado á escribir. Por esta razon, mi correspondencia presenta el sello de un carácter individual; mis cartas, hijas de mi cabeza, son también hijas de mi mano. El público, que ha visto mis obras literarias, va á ver ahora mis obras diplomáticas, mezcladas con las cartas que recibia de los reyes, de los ministros, de los generales y de los embajadores.

Antes de emprender esta lectura, recomiendo el recuerdo de mi objeto, que quiero volver á indicar: debe luego leerse con atencion la exposicion de los obstáculos de todo género que me rodeaban. Cuando tenga en la mano este hilo, podrá el lector recorrer sin extraviarse, el laberinto de las cartas; comprenderá el por qué escribo tal cosa á tal gabinete, en aparente contradicción con lo que escribo á tal otro; y no necesitará, ó las necesitará poco, notas explicativas acerca de un hecho tocado con oscuridad de paso en estas cartas.

L.

Que es preciso distinguir las ideas revolucionarias del tiempo, de las ideas revolucionarias de los hombres.—Que la España es la forzosa aliada de la Francia.—¿Por qué?

Lejos de excusarme por la guerra de España, la considero como un honor para mí, ya lo sabeis y lo repito. Su resultado hubiera sido tan útil como fue glorioso, si me hubiera concedido el tiempo necesario para recoger la mies que habia sembrado.

Tratábase en primer lugar de salvar á los Borbones. Volvied á leer las pruebas anteriormente aducidas y aun no refutadas acerca de la conspiracion de los Carbonari. Yo tenia por fortuna, la conviccion, contra la opinion general de que los obstáculos eran superables: mi excusa era mi confianza, y mi fe me absolvía y salvaba.

No es esto decir que me propongo presentar en definitiva á la monarquía de la trama de los siglos; el universo cambia, los principios nuevos destruyen gradualmente los antiguos: y la democracia propende á reemplazar la aristocracia y la monarquía. Es preciso abstenerse de incurrir en el error de tomar estas ideas revolucionarias del tiempo por las ideas revolucionarias de los hombres, lo esencial es distinguir la lenta conspiracion de los siglos, de la atropellada conspiracion de los intereses y sistemas. Si no se separan estas dos cosas, se correria el peligro de perseguir al género humano, en lugar de perseguir á una faccion. Esto es lo que he comprendido y me he esforzado por conseguir, por detener ese movimiento facticio que precipitando la sociedad con demasiada prisa en el sentido de su pendiente, la impediria recobrar su nivel, cuando el mundo se trasformase en república ó en monarquía republicana. Cuando se rompen violentamente las trabas, casi siempre se vuelve á ser cogido y encadenado, porque solo hay libertad verdadera para aquellos cuyos grillos ha gastado el tiempo.

Proponíame, pues, en primer lugar poner el trono apenas restablecido al abrigo de esa propaganda de clubs y ventas que nos llegaba por el peor de los conductos la demagogia militar, la constitucion de los mamelucos españoles; y pretendia en segundo lugar, dar soldados á la Francia y atraerle de nuevo su natural aliada.

La España se habia hecho inglesa, porque en virtud de las instituciones que se habia dado y de la influencia que la Gran Bretaña habia adquirido durante la guerra de la Independencia, era evidente para mí que nuestros enemigos triunfarian de nosotros en el consejo de Madrid, que de cambio en cambio, se llegaria, ya por medio de la corrupcion legislativa, ya por los vicios ó la debilidad del príncipe á alguna innovacion desastrosa en el orden de sucesion al trono.

De aquí surgia uno ú otro de estos peligros: ó la Francia volvía á caer en los desórdenes del jacobinismo, bajo la inspiracion de los jacobinos españoles, ó la corona católica pasaba por matrimonio á alguna familia extranjera: cosas ambas á las que un ministro del rey de Francia debia oponerse á todo trance. En el establecimiento de la ley sálica en Madrid, no se trataba de la herencia de los Borbones, sino de la salvacion de la Francia. ¿Creeis que el tiempo de esta ley ha pasado? Entonces, ¡acabad! Conviértanse inmediatamente en repúblicas la Francia y la España, ó preparaos á conquistar la España y agregarla á la Francia. Si no llegais hasta aquí, nuestros nietos os maldecirán sobre un suelo exhausto, atormentado y destruido.

En estos momentos se ocupan algunos de una política diaria, sin prevision y sin máximas; no obs-

tante, el acontecimiento cuya consumacion se ha sufrido porque su efecto no era instantáneo, delata al desarrollarse, las infimas políticas que no han sabido descubrir el mal en su origen. La España en su estado de dominio enajenado, tiene una salida sobre nuestro territorio; no desembocó por esta salida en 1814 el ejército del duque de Wellington? Desde el cardenal de Richelieu hasta el duque de Choiseul, los hombres de Estado de nuestro gabinete nunca han perdido de vista la union obligada de la península hispánica á este suelo de la Francia, por medio del cual comunica con Europa.

Si remontarnos á los tiempos de la reina Brunegilda, de Carlo-Magno y de la madre de San Luis, ¿no tenemos el tratado del rey Juan y de Pedro, rey de Castilla en 1351, con motivo del casamiento de Blanca de Borbon; el tratado de Carlos V y de Enrique II, el Magnífico rey de Castilla en 1368; la renovacion de la misma alianza en 1380; el tratado de Carlos VI y de Juan, rey de Castilla en 1387, contra la Inglaterra, fue renovado en 1408; el tratado entre Luis XI y Juan II, rey de Aragon, lo fue en 1462; el tratado del mismo Luis XI y de Enrique, rey de Castilla y Leon, en 1469; y otro tratado con Fernando é Isabel, reyes de Castilla y Aragon, en 1478. Luis XII renovó este tratado en 1498; Germana de Fox, sobrina de Luis XII, fue prometida en matrimonio á Fernando, rey de España en 1505, lo que dió ocasion á un nuevo tratado de alianza.

El tratado del 13 de diciembre de 1640, con Luis XIII y el principado de Cataluña, las condiciones de Barcelona, del 19 de setiembre de 1641, nos dieron derechos sobre Cataluña. Celebróse posteriormente el tratado de los Pirineos del 7 de noviembre de 1659, y el contrato matrimonial de Luis XIV, tratados ambos que acompañaron y siguieron á la guerra de Sucesion; desde 1701 hasta 1713. Finalmente; el Pacto de familia en 1768, que en su artículo 18 declara: «Que los Estados respectivos deben ser mirados y obrar como si no formasen más que una sola y misma potencia.

Considerad todo el mal que la España nos ha hecho en tiempo de Francisco I, de Enrique II, de Carlos IX, de Enrique III, de Enrique IV y de Luis XIII, cuando ha estado separada de nosotros y cuando las hijas de Enrique III y de Felipe IV no habian aun subido al trono de Hugo Capeto.

La prueba tal vez más concluyente de la necesidad para la Francia de poner completamente á cubierto su frontera de los Pirineos, fue el tratado firmado en el Haya el 11 de Octubre de 1698; este tratado que no llegó á ponerse en práctica á causa de la muerte del príncipe de Baviera, decia: que el príncipe electoral de Baviera seria designado rey de España que el Delfín poseeria los reinos de Nápoles y Sicilia, las plazas dependientes de la monarquía española en la costa de Toscana, la provincia de Guipúzcoa, Fuenterrabia, San Sebastian y el puerto de Pasages. Es extraño únicamente que en este proyecto de tratado no se hable de las colonias españolas, á no ser que se cediesen en secreto al rey de Inglaterra y á los Estados Generales coparticipes; pero de todas maneras se ve el cuidado que tenia la Francia de cerrar la frontera haciéndose dar la provincia de Guipúzcoa, Fuenterrabia, San Sebastian y Pasages.

Si se objetase que todo ha cambiado y que los intereses no son ya los mismos, se incurria en error: es cierto que la autoridad de los antiguos tratados y de las antiguas políticas no siempre debe ser reconocida; pero debe serlo cuando todos estos tratados y todas estas políticas estan acordes en un punto; cuando las pequeñas y las grandes inteligencias han estado de acuerdo; lo cual forma un espíritu de razon nacido de un interés permanente é igual que ni el tiempo, ni las constituciones, ni los hombres pueden cam-

biar. Este acuerdo de todas las políticas es al interés del Estado, lo que el consentimiento universal de los pueblos á la existencia de Dios.

En 1792, M. Burke decía en sus *Memorias* acerca de los asuntos de Estado: «La España no es una potencia que puede sostenerse por sí misma; le es preciso apoyarse en la Francia ó en la Inglaterra. Importa tanto á la Gran Bretaña impedir la preponderancia de los franceses en España, como si este reino fuese una provincia inglesa, ó como si dependiese tanto de ella como el Portugal. Esta dependencia de España es de una importancia mucho mayor, porque si esta nación fuese destruida ó sometida á cualquiera otra dependencia que la de Inglaterra; las consecuencias serian mucho mas funestas. Si la España se ve obligada por la fuerza ó por el miedo á firmar un tratado con la Francia, será preciso que la abra sus puertos, que admita su comercio, y que mantenga una comunicacion por tierra con los paisanos franceses.

«La Inglaterra puede, si lo tiene á bien, consentir esto, y la Francia hará una paz vencedora y avasallará enteramente la España, y se abrirá todos sus puertos.»

Basta dirigir una mirada sobre el mapa y sobre la historia para juzgar acerca del interés que tenemos en la union de ambos reinos. Si estamos en desacuerdo con España, nuestras provincias del Mediodía se encuentran privadas de un comercio que constituye la riqueza, y nuestra marina, falta en ambos mundos de los auxilios y de los puertos tan necesarios en nuestros conflictos con los ingleses. Durante la guerra de 1756, los esfuerzos de la España nos libraron de las vergonzosas condiciones que nos fueron impuestas por el tratado de 1763, y en 1778 y la union de las dos marinas obligó á la escuadra inglesa á refugiarse en el canal de San Jorge. La república conoció, en la presencia de un ejército español el peligro de dejar abierta nuestra frontera del Langüedoc y del Bearn, y se dió prisa á concluir la paz de Basilea. Bonaparte conoció igualmente la necesidad política; pero en lugar de hacerse de la Iberia una aliada, quiso conquistarla, cometiendo en esto un inmenso despropósito.

El advenimiento de los Borbones al trono de Carlos II no fue un mero asunto de testamento y de aceptación de un legado; fue un acto de alta ciencia diplomática que no se consiguió á un precio demasiado costoso: al precio de las desgracias de la guerra de 1701. La España es uno de nuestros flancos, que nunca debemos dejar descubierto; la España es un satélite que debe permanecer siempre dentro de nuestra órbita para la regularidad de sus movimientos y los nuestros.

Las ventajas de la buena inteligencia de los gabinetes de Madrid y París, eran tambien comprendidas por la Inglaterra, que un artículo secreto de sus tratados en 1813, prescribe la destruccion del Pacto de familia. La España inglesa y austriaca desarrolla á nuestra vista una nueva frontera que defender; nos remontamos al reinado de Felipe II, y perdemos la obra de Luis el Grande. Además, no siendo ya respetado el territorio de la Suiza, quedamos sujetos á heridas asi por el lado de los Alpes como por el lado de los Pirineos.

Este es el peligroso estado que he emprendido hacer cesar, á fin de que volvamos á colocarnos dentro del inviolable recinto en que descansaba la Francia desde el siglo XVII. Merced á los esfuerzos de Luis XIV, no nos quedaba sino una sola línea que defender desde Tournay hasta Basle; pero Vauban habia erizado esta línea de fortalezas; la Francia estaba cerrada como una caja, y no se podia penetrar en ella sino por una abertura de fuego al Nordeste, y por dos entradas una al Oeste, otra al Mediodía; entradas cuyas puertas guardaban nuestras escuadras y dos mares.

LI.

Tratados de Viena.—Pasaje de la MEMORIA ACERCA DE LOS ASUNTOS DE ORIENTE.—Gabinete de Luis XVIII.

Ahogada la demagogia, dominada nuestra aliada por nuestra atraccion, de nuevo encontrado un ejército, debíamos recobrar inmediatamente nuestro rango político y militar. En tal caso, en el gabinete ó debajo de la tienda de campaña, estábamos en el caso de hacer modificar de buen grado ó por la fuerza los odiosos tratados de Viena, y de restablecer el equilibrio roto entre Francia y las grandes potencias.

La inmensa falta del congreso de Viena, consiste en haber puesto un país militar, como es el de Francia, en estado forzoso de hostilidad con los pueblos ribereños.

Inglaterra ha conservado casi todas las conquistas que ha hecho en las colonias de las tres partes del mundo durante la guerra de la revolucion. En Europa se posesionó de Malta y de las islas Jónicas: hasta su electorado de Hannover se ha hinchado en reino y se ha forrado de algunos señoríos.

Austria ha aumentado sus posesiones con una tercera parte de la Polonia, de las raeduras de la Baviera, y de una parte de la Dalmacia y de la Italia. Es verdad que no tiene los Países-Bajos; pero esta provincia tampoco ha sido devuelta á Francia.

Prusia se ha engrandecido con el ducado ó palatinado de Posen, y con un fragmento de la Sajonia y de los principales círculos del Rhin: su puesto avanzado está sobre el antiguo territorio francés.

Rusia ha recobrado la Finlandia, y se ha establecido en los bordes del Vistula.

¿Qué ha ganado la Francia en esos arreglos? el que se la despojase de sus colonias, y no se respetara su antiguo territorio: Landau desprendido del dominio de esa nacion y Huninga arrasado, abren extensa brecha en sus fronteras. Un combate desgraciado bastaria para que sus enemigos pudieran penetrar hasta París. La experiencia ha demostrado, que una vez caída esta capital, cae toda la nacion con ella. Demanera, que hablando con toda verdad, puede decirse que la independencia nacional francesa está entregada al azar de una sola batalla, y á una campaña de ocho dias. La reparticion envidiosa é imprudente del congreso de Viena, obligaria en un tiempo dado á la Francia á transportar su capital al otro lado del Loire ó á extender sus fronteras hasta el Rhin. No se crea que esto es una absurda bufonada: la Holanda victoriosa en Mons, podria venir á descansar al Louvre. Los inútiles gritos de París ¿serian mas eficazmente oídos del resto del territorio que lo que lo fueron los de la restauracion? Las demás capitales de Europa guarecidas en sus provincias, defendidas por las plazas y las poblaciones que las cubren, no tienen tanta importancia, y aun cuando fuesen tomadas, no por eso quedaria destruido el Estado á que pertenecen. Todo lo contrario sucede con la Francia, tal cual los aliados la han dejado construida.

No sabemos si en el proyecto de rodear á París con fuertes aislados entra por algo la prevision de los peligros á que se halla expuesta esa capital. Pero el remedio seria peor que la enfermedad, pues cuando el enemigo llegara á apoderarse de alguno de esos fuertes, podria convertirlos en puntos de apoyo de la invasion, y no mediando algún incidente, esos fuertes vendrian á ser el campo atrincherado de los pretorianos.

El pensamiento de obtener fronteras por la vía de la fuerza ó por la de las negociaciones, no era un pensamiento quimérico: en un folleto escrito en 1834, demostramos que la Francia perdió en esa época una ocasion que no volverá á encontrar: era tal el terror

que entonces inspiraba á los reyes, que habria alcanzado cuanto hubiese querido sin disparar un balazo. ¿No siguen los franceses ocupando á Ancona con gran disgusto del Austria? ¿No ha saludado respetuosamente Prusia las bombas francesas durante el sitio de Amberes, admirando en la oscuridad de la noche las parábolas luminosas de estos proyectiles? ¿No se ha interesado en el efecto que producía el mortero monstruo? M. de Metternich dijo que el arresto del arzobispo de Colonia era un grande acontecimiento, y tenia razon, suponiendo que Francia hubiese sabido verlo y aprovecharse; que hubiese querido aconsejar y sostener al papa en su resistencia legítima; que hubiese conocido el espíritu alemán, y que hubiese entrado francamente en los intereses religiosos de las provincias resentidas. Verdaderos hombres de Estado sabrian combinar la reunion de los círculos católicos del Rhin con la Francia, y prepararian una transacion tanto mas duradera, cuanto que se fundaria en una idea civilizadora, en la religion. Durante la guerra de España en 1823, no habria faltado apoyo á la Francia para ayudarle á conseguir una extension de fronteras reclamada por el interés del nuevo equilibrio europeo: Alejandro habia sido siempre de opinion que Francia habia sido demasiado despojada; comprimida entre el emperador y la nacion francesa no habria podido resistir la Europa alemana á tan justas reclamaciones; el czar, al ver el prestigio adquirido por las armas francesas en la península, habria naturalmente vuelto á sus antiguas nociones de equidad; era fácil obligar á la Prusia volviendo á interesarse por el arreglo de la Sajonia, abandonada al congreso de Viena por un cántaro de vino de cuatro millones.

Las pruebas de nuestra aversion á los tratados de Viena son numerosas: respiran en todos nuestros discursos y nuestros escritos antes de la guerra de 1823, y despues de esa guerra tampoco nos ha abandonado nunca la idea de dar útil ensanche á nuestra patria. La *Memoria sobre los negocios de Oriente*, que el conde de La Ferronnais nos pidió, hallándonos de embajador en Roma, reproduce la misma opinion, como se ve de las siguientes palabras:

«Hemos demostrado lo bastante que la alianza de Francia con Inglaterra y Austria contra Rusia es engañosa, y que de ella solo sacariamos pérdida de nuestra sangre y de nuestros tesoros. La alianza con Rusia, por el contrario, nos pondria en el caso hasta de adquirir establecimientos en el archipiélago, y de avanzar nuestras fronteras hasta las orillas del Rhin. Podemos hablar á Nicolás de esta manera: «Vuestros enemigos nos solicitan: nosotros preferimos la paz á la guerra; deseáramos guardar neutralidad; mas si no podeis arreglar vuestras diferencias con la Puerta mas que por medio de las armas; si quereis ir á Constantinopla, entrad con las potencias cristianas en una equitativa reparticion de la Turquía europea. Las potencias, cuya situacion no les permita adquirir nuevos Estados por el lado de Oriente, sean indemnizadas en otros puntos. Francia desea tener la línea del Rhin desde Estrasburgo á Colonia. Tales son sus justas pretensiones. Rusia tiene un interés (asi lo dijo vuestro hermano Alejandro) en que la Francia sea fuerte. Si consentís en este arreglo y las demás potencias no se prestan á él, no toleraremos que intervengan en vuestras diferencias con la Turquía; si os atacan á pesar de vuestras manifestaciones, combatiremos á vuestro lado, mediante las condiciones que acabamos de expresar.»

Esto es lo que pudo decirse á Nicolás. Jamás la Austria, jamás la Inglaterra nos habian dado el límite del Rhin por precio de nuestra alianza con ellas; y sin embargo, ese es el límite donde tarde ó temprano Francia debe fijar sus fronteras, tanto por su honor, como por su seguridad.

Esa idea retrospectiva, que acariciamos en secre-

to, como que debia derivarse del éxito de las armas francesas en la península, no la comunicamos á nuestros colegas bastante desgraciados de haberse comprometido ya en hostilidades en forma de proyectos, de queja y de vagas esperanzas.

Cierto dia fuimos á despachar con el rey y lo encontramos solo sentado junto á su pequeña mesa, en cuyo pupitre se apresuró á ocultar las notas que siempre estaba escribiendo á beneficio de unos anteojos de gran potencia. S. M. estaba de buen humor y en el momento se puso á hablarnos de literatura.

«Creeríais, nos dijo, que he pasado una porcion de años sin conocer la cantata de Circe, M. de Avarav me lo ha echado en cara, y la he aprendido de memoria.» En seguida S. M. se puso á recitar la cantata.

De aquí pasó al cántico de Ezequías, y cuando llegó á esta estrofa:

Como tigre insaciable, etc.

nos tomamos la libertad de preguntarle si conocia la enmienda hecha por Rousseau substituyendo á esas palabras las siguientes:

Cual leon bramando de ira, etc.

El rey se manifestó sorprendido y nos hizo repetir la cambiante. De la poesía lírica pasó á la familiar, á las canciones vulgares y á las zarzuelas: cantó un retazo del *Chancelo perdido* y tambien nos atrevimos á interponer algunos versos:

Puede hablarse mas bajo,
mi querida pastora.

El rey representaba el cardenal de Richelieu, y nosotros veníamos á ser un Conrat ó un Maleville ayudando á Armand á compaginar aquel hermoso verso:

La caña se humedece con la espuma del agua.

Viendo á S. M. de tan buen humor le presentamos sobre nuestro sombrero lo que teníamos que despachar, deslizando al propio tiempo á propósito de nuestras victorias, algunas palabras acerca de la frontera del Rhin. S. M. alargó los labios, dió un pequeño resoplido; levantó un dedo de la mano derecha á la altura de su ojo y nos hizo una amistosa indicacion de cabeza invitándonos á tomar la puerta y como diciéndonos: «Hasta la vista.»

Por todas partes se va á Roma.

Por mucho que procurásemos sepultar en nosotros mismos nuestro pensamiento relativo á los tratados de Viena, un despacho de M. de Raynal demuestra que se nos sospechaba en Prusia: esta potencia se quejaba de la Inglaterra que por su oposicion nos forzaria á redoblar la actividad y nos haria temibles para el continente. Por otra parte, M. de La-Ferronnais en una de sus cartas, refiere los temores que el Austria manifestaba de las victorias que la Francia iba alcanzando: decia el Austria refiriéndose á los franceses: *esos hombres se envanecerán, y podrá temerse de ellos cualquier cosa*. Mas afecto profesaba el gabinete de Viena á la nacion francesa cuando ponía en duda la lealtad del ejército de esta.

LII.

Hay que crear dos máquinas políticas.—Envidias por todas partes.—Pretension de Nápoles.—La Rusia.—Ordenanzas de Andújar.—El duque de Angumale.

Para la ejecucion de estos proyectos, necesitábamos dos máquinas capaces de levantar pesos enormes; un ejército para hacernos dueños del terreno, y una junta española para hablar á esta nacion en nombre de sus hijos, á fin de que las guerrillas realistas, diseminadas en la península, se sometieran á la obediencia.

El ejército, en medio del soplo de la guerra se reanimó de sus mismas cenizas; soldados no podían hacer falta en la tierra de Clodoveo, Carlomagno, San Luis, Francisco I, Luis XIV y Napoleón; dinero tampoco podía escasear contando con el voto legislativo y con un ministro tan hábil como M. de Villele. No faltaba más que crear, y se creó. Se había engañado al mariscal de Bellune por lo tocante al acopio de víveres y forrajes: se habían formado almacenes á costa de muchos gastos, pero ¿qué importa? mayores debían ser aun las ganancias. Las tropas francesas se lanzaron de lo alto de los Pirineos á su manera, es decir, como torrentes. El buen éxito fue adunando todas las opiniones: el honor y la vigilancia francesa no dieron lugar en el campamento á esos proyectos que la ociosidad de las guarniciones suele engendrar.

Una junta provisional española entró con el ejército francés en la península, y al llegar á Madrid se convirtió en junta de regencia, M. de Martinac la acompañaba en calidad de comision civil, y el conde de Caux en concepto de encargado de negocios, hasta que llegó el marqués de Talaru, nombrado por instancia nuestra embajador.

Estas eran las dos máquimas políticas de que hemos hablado, el ejército y la junta; una vez que estuvieron montadas, no hubo más que dejarse llevar de su impulso y prevenirse para todo movimiento que en lo exterior pudiera ocurrir.

En Viena teníamos que combatir las envidias que unas veces se presentaban con la faz descubierta y otras embozada con el velo del interés. El gabinete austriaco alarmado con el buen éxito de nuestra expedición, acudió al extremo de impulsar al pobre gabinete de Nápoles á reclamar la regencia de España. Miserable gestión que nadie ha sabido, y que estuvo á punto de echarlo todo á perder por la incertidumbre que momentáneamente causó en las operaciones. En la correspondencia publicaremos los detalles. La conclusion hubiera sido que Francia habria hecho la guerra en beneficio del rey de Nápoles, el ahijado y heredero de la familia de Fernando; el anciano monarca no podia venir á ponerse al frente del ejército, pero habria sido representado por el príncipe de Castel Cicala, bajo cuyas órdenes el duque de Angulema habia tenido el honor de servir. El emperador de Rusia puse fin á esta representacion de polichinelas, en la que M. de Metternich tomaba parte, aconsejando al soberano de Nápoles *regresase á sus Estados para dedicarse al gobierno de sus monarquías.*

Otra vez el Austria salió con una proposicion que debió ser muy grata á la Francia: M. de Caraman nos la comunicó, diciendo: que M. de Metternich se lisonjeaba de conseguir que la Inglaterra tomase parte en las deliberaciones del gabinete francés por lo tocante á España. De manera, que si dicho gabinete aceptaba la mediacion, nada le restaba ya que hacer: todo quedaba encomendado á la bienaventurada mediacion del Austria, así como S. G. el duque de Wellington, nos habia propuesto anteriormente la mediacion de Inglaterra. Prusia siguió por de pronto el movimiento de San Petersburgo; pero cuando despues de la libertad de Fernando creyó vislumbrar algunas veleidades constitucionales por lo tocante á las instituciones de España, se presentó algo borrascosa. El representante de la Prusia en Madrid, causó bastante daño á nuestro proyecto, entrando demasiado en las pasiones absolutas del país.

A la menor palabra de constitucion, se alarmaban los oídos de la alianza; nosotros, como autores de la *Monarquía, con arreglo á la Carta*, éramos sospechosos en alto grado; se nos suponía enemigos de las insurrecciones militares, de las instituciones liberales *deliberadas* en un campamento; mas si en el fondo reconociamos los derechos del pueblo. ¿Valiamos mucho más que los soldados de la isla de Leon?

Esta era el arma de que el gabinete de Viena se valia para combatir nuestra influencia en Berlin y San Petersburgo, procurando neutralizar nuestra accion en el ánimo de Alejandro.

Este seguia dispensándonos la proteccion que habiamos sabido granjearnos en el congreso de Verona; defendia á la Francia en Viena; daba la mano para desconcertar el grotesco y peligroso complot escondido bajo el manto del rey de Nápoles, y por último, en Londres hizo decir que si la Inglaterra atacaba á la Francia durante la expedicion de esta en la península, el czar lo consideraria como una declaracion de guerra á los aliados, y la aceptaria como tal. Este franco lenguaje detuvo á M. Canning. Pero si el emperador de Rusia obraba con tanta lealtad como acabamos de decir, hay que tener en cuenta que su misma benevolencia venia por otro lado á causar algun embarazo á la situacion: pedia que se formara en Polonia un ejército de reserva de sesenta mil hombres, que denominándose de la Alianza, no se habria puesto en movimiento sino con arreglo á las exigencias de esta, y en particular con arreglo á la solicitud del gabinete de las Tullerías. Semejante proposicion alarmaba al gobierno francés, pues era difícil decir al czar: «aceptamos vuestros servicios mientras no pasan de palabras; pero los reusamos, así que se convierten en realidades.»

El gabinete austriaco, á quien tambien se habia dado noticia de este proyecto, se escudaba en el farrago de una multitud de palabras; se referia en un todo á la Francia, y dejaba á esta nacion en el compromiso.

Mientras que en Rusia tomábamos todas las precauciones posibles para dar á comprender que tal vez *nos veriamos obligados* á dejar una constitucion en Madrid, en Inglaterra teniamos toda nuestra atencion en demostrar que lejos de ser absolutistas, amamos la libertad tanto como cualquiera miembro del parlamento. La Gran Bretaña consentia en intervenir en la libertad de Fernando si entrábamos en las miras de los reinos unidos; pero en ese caso la Rusia amenazaba. Era preciso salir de tan enredado laberinto; no romper con nadie y encaminarnos directamente á nuestro objeto dando oídos á todo. Decian que nadie podia adivinar lo que queriamos; que teniamos dos intenciones, que jugábamos con dos planes, y que nuestras palabras estaban en contradiccion con nuestras palabras; esto era cierto en cuanto á la *forma*, y falso en cuanto al *fondo*.

Por de pronto todo el trabajo consistia en asegurar la neutralidad de Inglaterra. Excepto en la cuestion de la guerra, estábamos más acordes con las ideas de esta nacion que con las de los demás aliados. El gabinete de San James se aprovechaba de esta simpatía constitucional para hacernos sospechosos á la Europa; diciéndonos que deseábamos dar á la península un gobierno representativo.

Nos veíamos precisados á tartamudear en nuestros despachos y en nuestras cartas algunas palabras no muy graciosas respecto de la Alianza; no se engañaba esta mucho al juzgarnos, y unas veces temiendo el buen éxito de nuestras armas, y otras queriendo engalanarse con ellas, se lamentaba de que éramos tan pródigos de afecto en nuestras palabras, como parcos en nuestros escritos. El emperador de Rusia, autor de la *alianza*, no queria que ostensiblemente se hiciese poco caso de ella; inclinábase hácia nosotros; propendia á desensamblarse de sus amigos de la llanura *des Vertus*; pero procuraba que no se lo conocieran. Tambien es cierto que el inesperado triunfo de la Francia le causó alguna envidia, pues en secreto se habia lisonjeado de que al fin tendríamos que recurrir á él. ¿Tan cierto es que ni las naturalezas más entregadas á la inspiracion del bien se hallan enteramente á cubierto de la sorpresa del mal.

En Inglaterra todo eran enemigos, exceptuando el rey, M. Peel, el duque de Wellington y el antiguo partido de Castelreagh que no amaban los principios niveladores, ni á los militares que votaban á la manera de Comwell; pero aun esos mismos, agitados por las envidias nacionales, eran arrastrados por el oleaje de la opinion. Los radicales proponian

ir á bombardear á San Petersburgo y marchar contra las tropas francesas al Ebro: enviaban á los liberales españoles socorros, que el gabinete de San James hacia como que no veia. Roberto Welton pasó personalmente á la península con voluntarios.

En la carta pasmosa por su estilo, movimiento y lenguaje á la vez imperioso, fascinador ó sublime,



LA ACOMPAÑÉ HASTA LA PUERTA, ETC.

M. Canning, arrastado del número, y no pudiendo contenerse, llegó al extremo de manifestar sentimiento de que en 1707 se hubiese ganado la batalla de Almansa, que dió la corona de España á los Borbones. Adviértese desde luego el temor que le inspiraban las nuevas victorias posibles de Francia: el pacto de familia no puede borrarlos de la memoria, y para dar más peso á la amenaza, se proclama intérprete de los sentimientos de la Gran Bretaña. Al mismo tiempo lamenta nuestra ausencia de la embajada de Londres, haciéndonos el honor de manifestar que nos temia en el departamento de Negocios Extranjeros, y dice que lord Liverpool nos habia visto profesar opiniones distintas de las que entonces tenia-

mos. Lord Liverpool habia confundido nuestra urbanidad con nuestros pensamientos íntimos: prueba de que en tiempo de aquel lord teniamos el mismo modo de pensar, es que ya entonces escribiamos acerca de la guerra de España al vizconde de Montmorency.

Despues de la libertad de Fernando, la intrusion del gabinete ingles vino á ser una cosa molesta: detenido por la Rusia y por la rapidez de nuestros pasos, por de pronto se mostró indeciso; Cobbet se lo echó justamente en cara. Nuestra posicion tenia un flanco vulnerable: cuando la expedicion de Silveira entró en el territorio español, los franceses debimos reusar el apoyo por no suministrar pretexto de agresion á la

Inglaterra. M. Canning podía, como ya lo hemos dicho anteriormente, hacer desembarcar algunos regimientos ingleses en Lisboa, y hallándose el flanco del ejército francés amenazado, no le habría sido posible seguir al gobierno de Madrid á Sevilla. Si las cortes hubiesen permanecido en el Mediodía de España, si no se hubiese dado libertad al rey en Cádiz, si se hubiese defendido esa ciudad, ó hecho embarcar á Fernando, podían haber surgido incidentes imposibles de calcular, incidentes que una sola demostración del gabinete de Londres podía haber provocado. La Providencia miró con ojos propicios la temeridad de la empresa.

Nos atrevemos á decir que no sabemos de nadie que en aquella época hubiese podido desempeñar la cartera de Negocios Extranjeros, por lo menos, nadie que hubiese hecho la guerra según nuestras ideas. M. de Montmorency, y los que participaban de sus ideas, deseaban sofocar la revolución española; pero no habrían solicitado esa empresa con el deseo de romper fuego con la Europa. Destruir la obra de las cortes, sin convertir esa acción en beneficio del poder y de la emancipación de la Francia, era no haber hecho cosa alguna sino para la seguridad de un momento; no hallándose el porvenir de Francia ni emancipado ni seguro después de terminada la empresa, los trastornos habrían vuelto á tener lugar en España. M. de Talleyrand, que se manifestó enemigo de esta guerra, está fuera de la cuestión.

En Madrid ocurría una dificultad cada cuarto de hora, unas veces con la junta de la regencia, que el gabinete francés reconocía como soberana y cerca de la cual tenía su embajador, y otras con los representantes de las demás naciones acreditados también cerca de ella. Envidiosos de la Francia según el humor de sus diversos gabinetes, estos ministros tan pronto amenazaban retirarse, como insistían en medidas que no convenían á los intereses del ejército francés; ó bien tomaban parte en las pasiones de los miembros de la junta ó de los diversos gefes realistas; ó bien pedían á M. de Talaru conferencias generales, como si los aliados hubiesen estado allí ellos mismos con su dinero y sus soldados; sin embargo, la guerra era enteramente francesa, pues sobre esta nación pesaban las cargas y los peligros. El enviado designado por el Austria, á propósito de la intervención de Nápoles, decía desde luego que no había recibido órdenes de su gabinete, y que no podía pasar á Madrid para reconocer la junta: todo eso ocurría en presencia de las facciones españolas antentas á los menores síntomas de división.

La Francia se había visto obligada á intervenir en la formación de la junta, ó mejor dicho, á crearla: la junta era la que hablaba á los españoles en nombre su rey; la que impulsaba á los generales de las cortes á tratar con una autoridad de su propio país, cuya autoridad disimulaba á la vista de aquellos lo que podía haber de penoso en un cambio brusco de opinión y de partido. También alentaba á los realistas que al ver cerca de ella un cuerpo diplomático, creían hallarse sostenidos por toda la Europa. Los franceses no habrían podido avanzar una legua del lado de acá de los Pirineos sino hubieran contado con la población. Pero la junta tenía la índole de su país, y las animosidades que tal vez se mezclaban con esa índole, le daban en algunas ocasiones un humor intratable. Además cometió tantas tonterías, y publicó un decreto tan amenazador contra los milicianos que regresaban á sus hogares, que obligó al duque de Angulema á alejarse de Madrid y á publicar en Andujar el 8 de agosto de 1823, la siguiente ordenanza:

«Nos, Luis Antonio de Artois, príncipe de Francia, general en jefe del ejército de los Pirineos.

«Considerando que la ocupación de la España por el ejército francés que mandamos, nos impone la in-

dispensable obligación de procurar la tranquilidad de este reino, y la seguridad de nuestras tropas,

«Hemos mandado y mandamos lo siguiente:

«Artículo 1.º Las autoridades españolas no podrán poner preso á nadie sin autorización del comandante de nuestras tropas en el distrito en que se encuentren.

«2.º Los comandantes en jefe de nuestro ejército, mandarán poner en libertad á los que hayan sido presos arbitrariamente ó por motivos políticos, sobre todo si son milicianos que regresan á sus casas.

«Exceptuánse, sin embargo, los que después de su regreso hayan dado justos motivos de queja.

«3.º Los comandantes en jefe de nuestro ejército, están autorizados para mandar prender á los infractores de la presente orden.

«4.º Todos los periódicos y periodistas quedan encomendados á la vigilancia de los comandantes de nuestras tropas.

«5.º Se imprimirá y fijará la presente orden en todos los sitios de costumbre.

«Dada en nuestro cuartel general de Andujar el 8 de agosto de 1823.

«LUIS ANTONIO.

«Por S. A. R. el príncipe general en jefe

«El Mayor general,

«CONDE GUILLEMINOT.»

Explicamos en una carta á M. de La Ferronais todo lo bueno que puede decirse acerca de esta orden, la cual sin embargo puro á la prensa española en estado de sitio. Los generales franceses acostumbrados á las guerras napoleónicas y á los decretos del dueño del mundo, no podían desprenderse de ciertos ademanes teatrales y sorprendentes; el príncipe general se dejaba llevar de un espíritu de imitación que en vez de engrandecerlo, le hacía bajar de su nivel. La orden filosóficamente hablando, es altamente honorífica; pero considerada políticamente, no pasa de ser una falta trascendental. Elevaron el decreto de Andujar sobre las nubes: los visionarios encontraban en él su porción de filantropía y de progreso del siglo; los enemigos que se picaban de más previsión, deducían la ruina de los realistas franceses: de aquí nació toda la admiración.

Obligado estaba indudablemente el duque de Angulema á impedir las reacciones y á franquear sin estrépito las puertas de las prisiones á los que estaban de tenidos por causas políticas; pero formar de esa medida humanitaria una orden tan manifiesta, decir, á los realistas, que se favorecía á los liberales, era armar contra los franceses al clero, y la población entera, esa población que nos había abierto las puertas de las plazas, que quitaba todo peligro á la invasión y que nos hacía marchar con el arma al brazo por aquel abrasado terreno donde Napoleón no pudo penetrar con su nombre, con trescientos mil hombres y 300 millones. La junta se dió por resentida: víose el momento en que las masas iban á sublevarse, á cortar las comunicaciones de los diversos cuerpos y obligarnos á retroceder hácia el Ebro: con un ejército todavía bajo la escarapela blanca haber dado un paso hácia atrás, era lo mismo que haber corrido á su perdición.

Los hombres de práctica que quieren los medios cuando quieren los fines, sabrán calcular la alarma que aquella medida produjo. Júzguese en efecto, teniendo presente el carácter de los españoles, de un pueblo que considera toda amnistía como una denegación de justicia; que no profesa aprecio á la indulgencia; que juega siempre la vida por la vida y que da muerte ó la recibe como se cumple con un deber ó se paga una deuda, júzguese repetimos cómo se recibiría esa orden no apreciada ni aun por parte de aquellos mismos cuya suerte se proponía mejorar.

Ya se ven los esfuerzos que hubo que hacer para contener ese santo y magnánimo arrebato sin entregar ninguna víctima.

Por lo demás, el mismo duque de Angulema era personalmente un obstáculo para la expedición: solitario, descontento de todo el mundo y quejándose de todo á cada paso, estaba amenazando con retirarse á Francia y dejarlo todo en el estado en que se hallaba. Tampoco consultaba el parecer de M. Talaru, ni le dejaba más acción que el corregir las intempestivas medidas que solía adoptar. No concedía confianza á nuestra persona, y se le otorgaba á M. de Villele. Las cartas del príncipe que el presidente del consejo nos leía, estaban llenas de buen sentido, y revelaban juicio y conocimientos militares.

Al mismo tiempo sosteníamos correspondencia con nuestros generales por lo tocante á gobernadores de plazas y gefes del ejército de las cortes. Cuando nuestras naves no habían anclado á la hora fija, cuando nuestras tropas no habían caminado con bastante velocidad y cuando alguna operación no había podido realizarse por falta de embarcaciones de transporte ó de municiones, sufríamos un verdadero suplicio. Desde el jardín de las Tullerías veíamos jugar el telégrafo deseando ó temiendo la noticia que pasaba volando sobre nuestras cabezas. ¡Oh mula cargada con el oro de Felipe, qué falta nos hacías para entrar en las fortalezas de Fernando! Si hubiéramos tenido un tesoro propio de 50.000.000, lo habríamos gastado á trueque de superar los obstáculos. Infimas nos parecían las sutilezas de las negociaciones de Ouvrard comparadas con el objeto que nos proponíamos: necesario era algún dinero cuando se trataba de un asunto del que dependía la salvación y el porvenir de la Francia. Llevábamos exacta cuenta de las horas: un momento de retraso nos sumergía en un abismo de incertidumbre. Todo eran temores en nuestro alrededor: la España iba á escapársenos; la Europa iba á dividirse. Solo una pronta victoria podía justificar nuestra empresa. ¿Qué habría sido de nosotros si hubiéramos tenido que emprender una segunda campaña? ¿Qué triunfo para los que nos habían pronosticado desastres! Habríamos sido considerados como los más locos, más culpables y más ineptos de todos los hombres; no habría habido oscuro rincón donde poder escondernos; hechos objeto de la universal reprobación no nos habría quedado más que la ceniza y el cilicio, y la Francia hubiera vuelto á caer en una revolución peor que la primera. Esta idea nos aterraba tanto más, cuanto que no siendo más que ministro de Negocios Extranjeros, y no teniendo la presidencia del consejo, no disponíamos como en una monarquía absoluta de las rentas del Estado y de la voluntad del rey: un discurso de las cámaras, una intriga de palacio podía á cada instante precipitarnos antes de haber dado cima á nuestra obra.

Finalmente, los embarazos de nuestra posición en Francia, venían á darse la mano con las dificultades que teníamos que vencer en lo exterior.

LIII.

Conferencias.—Ministros en un gobierno representativo.

Según las antiguas estipulaciones, las cinco grandes potencias debían ocuparse en común de los asuntos concernientes á cada una de ellas. Inglaterra se había sometido á esta cláusula en el congreso de Aix-la-Chapelle con motivo de las colonias españolas; el emperador de Rusia se había conformado con ellas en el congreso de Verona por lo tocante á sus disensiones con la Puerta, y por consiguiente Francia no tenía más remedio que someterse á sufrir esa peligrosa obligación de los antiguos instrumentos auténticos. Los embajadores de Rusia, Prusia y Austria venían al

ministerio de Negocios Extranjeros á charlar sobre los asuntos de España en supuestas conferencias que no teníamos derecho de rehusar. ¿Cómo habríamos explicado francamente á la Europa que nos aventurábamos al peligro de la guerra con la península por solo la esperanza de emanciparnos de los tratados de Viena? Preciso era dejar que la Francia huérfana desde la muerte de Napoleón fuera creciendo

«Hasta que al fin llegará la ocasión que el cachorrito fuera ya león.»

Richelieu y Mazarino no tuvieron contratiempos, el uno para encender la guerra de los treinta años, ni el otro para terminarla. ¿Qué habrían hecho si hubieran tenido precisión de conferenciar con ministros extranjeros, ó de rechazar en la tribuna los ataques de sus adversarios en disposición que ni aun para justificarse habrían podido revelar sus planes? El primer diputado elocuente los hubiera vencido. Toda obra que pida tiempo, secreto, y una misma mano, viene á ser casi imposible en un gobierno representativo tal cual el espíritu francés lo ha concebido. ¿Podrían actualmente seguirse las negociaciones complicadas y misteriosas que al maestro de Luis XIII sirvieron para humillar la casa de Austria, armando los protestantes de Alemania después de haber hundido los de la Francia y haber hecho salir á Gustavo Adolfo de las rocas de la Suecia? Esa vasta máquina habría funcionado con la ayuda del P. Josef que traía en la manga el oro y las promesas, y que siendo interrogado acerca de un hecho en medio de la misa contestaba entre dos *Dominus vobiscum*: «Ahoread, ahoread.» Pero si un periódico ó un charlatan de la cámara se hubiera agarrado á la capucha del fraile ¿cómo habría este podido caminar? Un grande espíritu de gabinete no tiene en Francia más seguridad de vida que una legislación, pues las tres cuartas partes del día se ve obligado á defender miserablemente su persona. La prolongación de un ministerio es hoy casi siempre señal de su mediana capacidad, y no dura más que por una interesante analogía de impotencia entre el gobernante y el gobernado. Las cualidades que dan inmortalidad á un ministro, excitan demasiadas envidias, y son por otra parte rebeldes, es decir, no saben doblegarse á las conveniencias de los magnates. ¿Sabe por ventura todo el mundo enseñar á hablar á una urraca chillona? Si esos hombres superiores carecen del don de la palabra, quedan eternamente perdidos para el Estado. Y téngase entendido, que ese don generalmente es patrimonio de la cabeza hueca. Richelieu mudo habría tenido que ceder el puesto á un legista hablador.

Si se nos opondrá el ejemplo de Inglaterra; si en ese país lord Chatam y su hijo han gozado muchos años del poder como hombres de Estado y como oradores; si han tenido espacio para realizar sus designios, no hay que atribuirlo sino á que los ingleses no son tan impacientes como los hijos de la Francia, y á que la aristocracia de aquel país participa algo de la constancia, la fuerza y el secreto de aquella monarquía de que puede considerarse como usurpadora y heredera: en la época en que los dos William aparecieron, la democracia no había invadido aun la sociedad. Dudamos que en la Inglaterra de 1838, M. Pitt hubiese conseguido los triunfos ni la existencia que lo elevaron (hace ya cuarenta años) á la altura de los más eminentes políticos. Muchos Jimenez y muchos Alborni morirán en la actualidad sin darse á conocer.

No se aprecian todo lo suficiente al juzgar los depositarios del poder las diferencias de los tiempos presentes con las de los antiguos: los obstáculos diplomáticos, las intrigas de los gobiernos secretos y absolutos son lo que eran en otro tiempo, y además hay que luchar con las inquietudes de los gobiernos públicos y constitucionales, sin hablar de las indiscre-